

bla una nueva lengua, que ha aprendido de Dios; el lenguaje del cielo, el lenguaje de la oración.

5. La oración y la vida interior.—Hemos dicho que el lenguaje es un signo de la vida; pero solamente de una vida bien desarrollada, libre, que tiene conciencia de sí misma, en una palabra, de una vida intelectual. Sólo allí donde un espíritu reflexivo da pruebas de su vida, puede uno encontrar el lenguaje. Del mismo modo, no sabe uno apreciar y practicar verdaderamente la oración más que allí donde se vive verdaderamente según el espíritu. La ruina de la vida sobrenatural interna comienza casi siempre con la negligencia y el desprecio de la oración, y su regeneración es inherente al despertamiento del celo por la oración.

¿Qué espíritu debe hablar por la boca de esas gentes que no saben juzgar la oración con suficiente desprecio, que—preciso es creerlo, puesto que lo dicen—no han aprendido á conocerla bajo otra forma que la de un movimiento mecánico de los labios y de fórmulas muertas é insípidas! (1) No podemos dejar de expresar nuestro asombro, al ver cuán poco se estiman ellos mismos, manifestando públicamente semejante ignorancia en lo referente al lenguaje, y, en primer término, al lenguaje de la oración. Sin duda hay también un lenguaje interno que no se oye desde fuera; pero ¿acaso cesa uno de pensar y de sentir, porque manifieste sus pensamientos y sentimientos al exterior? (2) ¿No es precisamente la voz la mejor prueba de los sentimientos del corazón, tan fuertes que no pueden permanecer ocultos? ¿De dónde queréis que proceda la oración, sino del espíritu y del corazón? Ahora bien, el que ora de corazón, ora también en su corazón.

La oración que Dios mismo nos ha puesto en los labios y nos ha enseñado, la oración sobrenatural, la oración cris-

(1) Cf. Hertzog, *Real-Encyklop. für protest. Theol. und Kirche* (1. Aufl.), IV, 687 (Ebrard); XVIII, 397 (Lange); XV, 147 (Jacobi). Hase, *Polemik*, XXI, y 392 (3. Aufl.).

(2) Aristotel., *Anima*, 2, 8, 11.

tiana, no es una excepción. El Espíritu Santo ha hecho del corazón su templo y el altar de su oración; (1) de Jesucristo ha aprendido el cristiano á orar á Jesucristo, por Jesucristo y con Jesucristo; (2) ¿y habrá necesidad de añadir que semejante oración deba venir del interior y penetrar el interior?

No hablamos aquí de las especies de oración más elevadas, en las cuales no toman parte las palabras y los labios; (3) no hablamos de la oración que es un suspiro interior, de la oración ardiente, inflamada, de la oración con sus diferentes categorías; la quietud, la contemplación, la unión. (4) Apenas si el mundo conoce estos grados de tan sublime oración; pero suponemos que todo cristiano conoce, por lo menos, por haber oído hablar de ella, la palabra *oración interior*. Todos los autores, todos los maestros de la vida espiritual, que, con el espíritu de Dios, tienden la mano al hombre para purificarle y ennoblecerle, (5) están completamente de acuerdo sobre este principio, á saber, que no es precisamente la oración vocal la que, propiamente hablando, es el medio para llegar á la perfección, sino antes bien la oración interior, contemplativa; (6) y con es-

(1) Rom., VIII, 26. Gregor. Mag., *In Evang. hom.*, 2, 39, 7. Augustin., *De div. quæst. ad Simplician.*, l. 2, q. 4.

(2) Augustin., S. 382, 2. *In ps.*, 85, en. 1.

(3) I Reg., I, 13. Cassian., *Coll.*, 9, 25.

(4) Thomas a Jesu, *De contemplat.* Alvarez a Paz, III, l. 5, p. 2. Schram, *Myst.*, § 238 y sig. Godínez, *Myst.*, I, 4-6. Phil. a Trin., *Myst.*, II, tr. 3; III, tr. 1. Ribet, *La mystique* (2), I, 180 y sig. Surin, *Cat. spir.*, 3, 4.

(5) Álvarez de Paz es el autor que ha tratado más ricamente la materia de la oración. Luís de Granada ha merecido las recomendaciones de los Santos Carlos Borromeo y Francisco de Sales, y Brancatus de Laurea las de Benedicto XIV (*Sev. Dei Canonis*, 3, 26, 8). Entre las obras de menos importancia, ocupan el primer lugar las de San Pedro de Alcántara y San Alfonso de Ligorio. Sin embargo, ninguna de estas obras supera en plenitud de sabiduría y de experiencia á lo que Cassiano (*Collatio* 9 y 10) recogió de de boca de los antiguos Padres. En el fondo, una buena dirección espiritual y la práctica personal es lo que hay de mejor para aprender la más elevada ciencia y el arte de la oración.

(6) Bened. XIV, *Serv. Dei Canonis.*, 3 29, 2, 3. Schram, *Theol. Myst.*, § 49, *schol.* 1 y § 47, *coroll.* 4; cf. *ibid.*, § 33. Rafael de la Torre, *De virt. relig.*, q. 83, a. 2, d. 2, 3. Gregor. a Valentia, III, d. 6, q. 2, p. 3.

to, no hacen más que decir lo que cada uno comprueba en sí mismo. Esto arrojaría una luz singular sobre la vida de nuestra alma, si no supiésemos por experiencia que ésta apenas puede existir, y con mayor razón, aumetar, sin la vida interna. Así, se encontrará difícilmente un director de almas que con frecuencia no haya notado cuán fácil es encaminar á la vida interior aun á personas sencillas, pero que aspiran sinceramente á la perfección, y cuán rápidos y sorprendentes progresos hacen, así en el camino de la virtud, como en el conocimiento de Dios y de sus propios deberes, desde que se ejercitan en esta oración.

Está muy extendida la creencia de que esta especie de oración, llamada ordinariamente *meditación*, no es buena más que para aquellos que ya han alcanzado un grado suficientemente elevado de la vida espiritual. Pero no es así. Todos pueden convencerse de que muchos comprenden esto sin gran trabajo, y que aquéllos á quienes no se ha podido hacer adelantar en el bien hasta entonces, hacen en poco tiempo grandes progresos, desde que se les ha familiarizado con esta práctica. Admitimos, sin embargo, que hay personas que no tienen gran aptitud para la meditación en el estricto sentido de la palabra. ¡Que pueden siquiera ejercitarse con la mayor seriedad posible en la oración vocal! Obrando así, comenzarán igualmente á convertirse en hombres totalmente diferentes; bien pronto perderán la distracción y la superficialidad, sabrán ocuparse en sí mismos, mirarán las cosas con más seriedad; en una palabra, llegarán á ser más *interiores*. Oración y vida interior son dos cosas unidas del modo más estrecho.

6. La oración y la vida religiosa.—En este caso, inútil es decir que la oración y la vida de religión son inseparables. Desgraciadamente, esto no es superfluo. Preciso sería que la pereza humana y el amor á las comodidades no fuesen tan grandes como lo son en realidad, para que la oración agradase mucho más. De aquí que se recurra siempre á los antiguos pretextos, á saber, que uno puede perfectamente tener religión sin oración, que hay mu-

chas personas que recitan sus oraciones de un modo puramente mecánico, sin ser por esto personas religiosas. No tenemos necesidad de contestar á esta última objeción, pues ya hemos demostrado ⁽¹⁾ que, además de la oración, hay muchas cosas que deben formar parte de la religión. Pero la primera afirmación es completamente falsa y debe rechazarse. No hay religión sin oración. El que no quiere orar, niega que el hombre dependa de Dios; el que la omite, echa por tierra la única escala que conduce á Dios; el que desprecia la oración, niega al mismo Dios.

Una prueba de que esto es completamente verdadero, son las palabras insípidas con que Kant ha creído hacer ridícula la oración. La oración—dice el célebre pensador—es una cosa de que todos deben avergonzarse, porque, de ordinario, cuando uno ve un hombre que habla solo, sospecha que hay en él un principio de locura. Sólo en la oración no se avergüenza uno de hablar solo. ⁽²⁾

En su ciega sabiduría, se burla el filósofo del que ora; pero, al obrar así, se mofa también de Aquél á quien se dirige la oración. Para hacer despreciable la oración, no vacila en tratar á Dios como si no existiese, y aun en arrojarlo de su propiedad; porque ¿qué puede reivindicar Dios con mayor derecho que la oración? Á todo podría renunciar antes que á ella. Dios entrega su honor á los burlones, deja blasfemar su justicia por los escépticos; pero lo que no abandonará jamás á nadie, son los homenajes y adoraciones que sólo á Él le son debidos.

La oración es la propiedad de Dios, el tributo que la criatura debe al Criador y el súbdito á su Dueño supremo, la confesión pública de que somos incapaces de bastarnos á nosotros mismos, de que dependemos de la gracia de Dios. El que no ora, no cree en Dios, ó bien ha olvidado sus deberes para con Él. Todos los niños que conocen el cate-

(1) V. más arriba, *conf.* 6.

(2) Kant, *Die Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft*. 4. Stück 2. Th., § 4, *Allgem. Anm.* 1. Note.

cismo, saben darse cuenta de esto. Ellos nos dirán que la oración es una conversación de la boca y del corazón con Dios; en otros términos, un culto que la criatura debe al Criador.

Esta es la razón principal por la que debe considerarse la oración como expresión de la religión conforme á la naturaleza, y necesaria por parte de la naturaleza. Pero con esto á nadie se le ocurre negar que el que ora, sobre todo el que medita, hable también consigo mismo. Ahora bien, por esta razón también, pertenece la oración, por modo esencial, á la religión. La religión no es sólo un culto á Dios, sino también el medio más poderoso para elevarnos nosotros mismos, y para transformarnos interiormente. Es también un culto á nosotros mismos.

Así, pues, por el mismo hecho, de que el que ora habla á Dios, habla también consigo mismo. Al elevar sus ojos á la pureza de Dios, penetra también los oscuros repliegues de su corazón. Examina todos sus defectos á la luz que ha tomado de Dios; y dirige también sus miradas, á las que ha acostumbrado á contemplar espacios inmensos, á sus propias debilidades, que tan fácilmente se ocultan á una vista no ejercitada. Lo que ha aprendido hablando con Dios, en los momentos en que se elevaba por encima de sí mismo, se lo enseña á sí mismo, hasta que se grabe profundamente en su espíritu. Tiene siempre ante sus ojos el reflejo de las perfecciones que ha contemplado en Dios, á fin de que su corazón arda siempre en el deseo de imitar este modelo.

Esto es lo que se llama orar, esto es lo que se llama meditar. De aquí que el que ora, no se avergüence de hablar consigo mismo, porque ha aprendido á avergonzarse de ocultarse á sí mismo sus debilidades. De aquí que nadie hable tan á menudo y con tanta insistencia consigo mismo como el que más alto se eleva hacia Dios. Y precisamente por cuanto la oración es una conversación entre Dios y nosotros, forma parte de la religión. El que verdaderamente ora, es verdaderamente religioso. Luego el que

ora bien, y es verdaderamente religioso, está en buen camino para perfeccionarse.

7. La oración y la vida espiritual.—¿Cómo debemos juzgar, pues, la afirmación que dice que la oración es algo extraño al hombre, y que la religión nada tiene que ver con la moral? Con frecuencia se dice que la oración puede ser necesaria como culto tributado á Dios, pero que no se refiere para nada á la salvación del hombre. Esto es una calumnia contra Dios, un desconocimiento de lo que es el hombre, y una blasfemia sin igual contra la oración. ¡Como si Dios tuviese necesidad del culto de los hombres, y como si no fuese el hombre el que más necesidad tiene del culto de Dios! ¡Como si alguien pudiese dar á Dios algo que ya no poseyese! ¡Como si Dios exigiese de nosotros un culto que no fuese un culto todavía más grande para nosotros mismos! ¿Por ventura puede elevarse el hombre hacia el Altísimo sin engrandecerse él mismo? Sus relaciones continuas con Dios ¿pueden tener otro efecto que el de ennoblecérle? Ninguna ocupación, por externa que sea, deja de ejercer influencia en el espíritu. ¡Cómo, en este caso, la acción más interna posible, la más espiritual, á saber, la práctica de la religión por la oración, deberá influir sobre él!

Con profunda sabiduría, pues, el lenguaje cristiano ha llamado *vida espiritual* á los sentimientos religiosos penetrados del espíritu de la oración. Ahora bien, la vida, como lo hemos visto con tanta frecuencia, es actividad y trabajo; por consiguiente, la vida espiritual no es otra cosa que un trabajo espiritual. La vida espiritual no consiste en emociones piadosas, en dulces sentimientos estériles, en una vana convicción de la inteligencia, sino en un trabajo espiritual. No decimos trabajo del espíritu, ni vida del espíritu, sino vida espiritual. Hermosa es la vida del espíritu, pero la vida espiritual es incomparablemente más elevada. La actividad del espíritu que reflexiona, que, por ejemplo, se ocupa en las ciencias, es también una vida, y una vida muy elevada, pero no la más elevada de todas.

Sabido es que la formación del espíritu no es incompatible con una grosería profunda del corazón, con la perversidad de la voluntad, y aun con cierta destreza en el vicio; el espíritu no se compone solamente de la fuerza de pensar, sino que comprende también la facultad de amar. Puede, pues, ocurrir muy bien que uno haya habituado su espíritu á las más altas empresas del pensamiento y de la investigación, que su perspicacia se haya ejercitado en todo lo que, en la tierra y por encima de la tierra, sea accesible á los sentidos, y que con todo esto, apenas tenga una idea del gran misterio, de cómo puede desplegar su actividad por el espíritu y en el espíritu. Y, sin embargo, este trabajo, ó, en otros términos, la vida espiritual, es la más elevada actividad humana, la única digna del hombre, aquella sin la cual todos los demás resultados son estériles y aun contraproducentes. ¿De qué le servirá al espíritu adquirir tantas cosas y perderse á sí mismo? De este modo, con toda su formación, permanece inculto y grosero. Del mismo modo que el oro no se convierte en puro, ni se bruñe el acero, sin el auxilio del martillo y del fuego, también el espíritu no se purifica y se ennoblece sin su propio trabajo.

Ahora bien, este trabajo intelectual de la purificación y perfección de nuestro corazón y de nuestra voluntad, es inseparable de la oración. Aquí, menos hablamos de que, sin la oración, no obtendremos jamás la fuerza necesaria para realizar tan difícil empresa, que de su misma eficacia. La oración es también un trabajo del espíritu, y un trabajo que penetra hasta en lo más íntimo de nuestro ser. Si alguien no comprende lo que esto significa, no tiene más que darse al ejercicio de la oración, y lo sabrá en seguida. La oración será desde luego un espejo que le mostrará sus defectos; después, una lima que pulirá las rugosidades de su alma; más tarde, perseguirá los defectos y la falta de sinceridad hasta en los repliegues más ocultos de su corazón; y finalmente, será el fuego que hará desaparecer las últimas escorias. No hay poder alguno tan penetrante y

tan inexorable para el mal como la oración. El que ha empezado á orar, debe, si quiere encontrar la paz, ó romper con sus defectos, ó con la oración. En esto se reconoce de un modo infalible el caso que es preciso hacer de nuestra oración. Toda oración verdadera tiende á exterminar el mal y á introducir la virtud. ⁽¹⁾ Thomasin dice por modo admirable:

«Cuando uno ha comenzado á orar, es mi voluntad y mi consejo que se eleve hasta las obras. Cuando uno puede orar y se abstiene de las obras, profana su oración, ya que el que ora debidamente, debe hacerlo ver por sus obras.» ⁽²⁾

Sólo, pues, un sentimiento religioso mediano puede creer dispensarse, con algunas breves fórmulas, ó aun con la oración hecha con labios distraídos, de la lucha contra las tentaciones que le asaltan, del trabajo necesario para domar sus pasiones; en una palabra, sólo este tal puede creer que se evitará todo esfuerzo propio. La oración no es más que una preparación para la guerra; es la escuela en que se aprende el manejo de las armas para las santas luchas, el alistamiento de aliados contra los enemigos, y el descanso para una nueva campaña en pro de nuestra verdadera vida; pero no es la lucha misma. En la medida en que uno ruega, entrevé la perspectiva de que lo sostenga la gracia, y la esperanza de vencer, así como en la medida en que lucha, obtendrá socorros y conseguirá victorias. Se aplica igualmente aquí el dicho: «Ora y trabaja.» Sin oración, todo trabajo es estéril; pero, sin trabajo sobre nuestra propia alma, la oración no es más que un juego.

8. El poder de la oración en la opresión de la vida.

—El espíritu de incredulidad de nuestra época dice con frecuencia: «¿Qué bienes me reporta la oración? No es ella la que me hace vivir.»

¡Pobre generación que no conoce otro bien que lo que

(1) Cassian., *Coll.*, 9, 2; 10, 8 y sig. *Vitæ Patrum*, 5, 12, 12. Nilus, *De orat.*, c. 79.

(2) Thomasin von Zerklære, *Der welsche Gast*, 10, 249 y sig.

se bebe y se come, ni otra vida, que la que nos es común con el animal! ¡Qué vergüenza para nosotros mismos, cuando oímos hablar así á gentes que no tienen idea de los bienes intelectuales ni de los bienes que favorecen al alma, á gentes que ignoran que hay un trabajo cuyo provecho será eterno!

Por el momento, no hablamos de las bendiciones que de Dios obtenemos por la oración, aun para las cosas temporales. Quizás trataremos esta cuestión, pero lo que estimamos infinitamente más es que la oración nos liberta del peso de nuestros pecados, y nos eleva, como sobre alas de águila, por encima de las vulgares ocupaciones de la vida ordinaria, por encima de nosotros mismos y de las miserias de la tierra. Sólo considerada bajo este aspecto, ofrece la oración la prueba de que es un verdadero beneficio para el mundo, y un medio de salvación para un tiempo que se desliza de un modo tan poco ideal bajo el peso de prosaicos cuidados y de un grosero trabajo que no se acaba nunca. La miseria propiamente dicha no es la que procede del exterior, sino la que reconoce por causa la fatiga interna. Mientras el espíritu permanece recto, soporta con dignidad el hombre todas las cosas penosas, aun la pobreza y la miseria más dura; pero si aquel se debilita, no tarda en derrumbarse.

De aquí que veamos una de las causas principales de la corrupción moral en esta funesta manera actual de educar á las masas, en ese error que consiste en creer que uno es rico si tiene la bolsa llena y el estómago satisfecho, y que la designemos como una fuente de la miseria social. Difícil es ya luchar contra ese espíritu pernicioso en sí mismo, por cuanto la dura presión de la vida cotidiana lo despierta y fortifica. ¡Con cuánta mayor razón es difícil luchar contra él, cuando deliberadamente se predica como ahora! Así, pues, el que pueda encontrar un contrapeso á este espíritu, será sin duda alguna un amigo y un bienhechor de la humanidad.

Ahora bien, este contrapeso hace ya mucho tiempo que

se ha encontrado; es la oración. Mientras uno rece todavía un Padre Nuestro, está en seguridad contra ese rebajamiento del espíritu, contra esa fuente terrible de descontento, con todas sus consecuencias morales y sociales.

Tomemos un obrero cristiano, que gana penosamente su triste pedazo de pan en una fábrica. Sabe lo que es luchar contra las miserias de la vida, y también lo sabe el que le ve durante la semana; de tal modo anda encorvado por el peso de su gran carga. Pero dispone del séptimo día, y el que lo encuentra el domingo, apenas lo reconoce. Quizás no tenga vestido más hermoso que el de los días de trabajo, pero lleva más erguida la cabeza, aparece menos encorvado, y su fisonomía es la de un hombre libre, la de un señor, porque también es él dueño de un día, sí, lo repetimos, de un día, en el que su espíritu se eleva libre y fácilmente hacia el Dios que está en el cielo. Y aun durante la semana, en la que no tiene, por decirlo así, un momento de descanso, encuentra diariamente algunos instantes para consagrarlos á Dios solo, ó mejor, no á Dios solo, sino instantes que son suyos, precisamente porque los ha consagrado á Dios. Entonces es cuando se eleva por encima de sí mismo, por encima de la estrecha manera de ver en que ordinariamente vive, por encima de este mundo lleno de polvo, lleno de hollín y de estruendo, en el que acaba por perder el oído y el pensamiento. Esto le impide por algún tiempo hundirse en la tierra y sucumbir á la presión externa.

Mientras que el trabajo intelectual en el cual no entra oración alguna embota con tanta frecuencia á la inteligencia, haciéndola insensible, fría, ridícula y aun inútil, la dura lucha por la vida no es un obstáculo para conservar la frescura y el vigor del espíritu, en el supuesto de que no se omita la oración. No hay duda en que si uno quiere encontrar persona que, no obstante hallarse en lucha con la vida, se cierna sobre ella; si se quieren encontrar realizados ideales verdaderos y durables, ideales que, no sólo entusiasmen al hombre en sus horas de esparcimiento, sino